Diario Sur. 8 de Junio de I985.

Cervantes, los moriscos y el cante (I)

RESULTA evidente que los hechos sociales suelen estar íntimamente ligados a los hechos históricos de forma que una exacta valoración de estos nos ofrecerá caminos de interpretación de aquellos. Así ocurre, pues, en el tema del cante. Por ello, no se puede atribuir un origen morisco a este fenómeno andaluz si antes no se estudian los acontecimientos históricos de la minoría islámica o, al menos, no se procuran unos elementales conocimientos de la cuestión. Ya advertí en mi artículo «Lope de Vega, los moriscos y el cante», el absoluto divorcio entre la sociedad española y la residual población musulmana tras la Reconquista. Hoy vamos a ver dicho tema a través de Cervantes.

Pero antes de entrar en materia y de acuerdo con lo enunciado, parece conveniente una breve noticia sobre los hechos y circunstancias de la expulsión de los moriscos de España. Lo cierto es que fue algo muy doloroso y, al mismo tiempo necesario. Lo fue así, en primer lugar, porque la lectura de las visicitudes de estos en el trance aludido nos revela una muy especial tribulación de estas gentes, triste y, en ocasiones, cruenta. Sobrecoge el ánimo las andanzas de los moriscos aabocados a abandonar España y, por añadidura, el mal recibimiento que tuvieron en el norte de Africa, donde algunos de ellos, cristianos firmes, fueron encarcelados, perseguidos y muertos. En el éxodo, algunas madres vendieron a sus hijos para procurarse alimentos. Otros, se entregaron como esclavos para conseguir quedarse. Los certificados de cristiandad casi no sirvieron para nada, el rigor en la búsqueda de estas gentes fue exhaustivo y se rastrillaron los reinos de España concienzudamente. Algunos volvieron y volvieron, de forma insistente, y algunos se quedaron de manera clandestina. Por otra parte, la expulsión fue algo meditado, justificable y necesario. Lo cierto es que la mayoría de los moriscos padecieron los actos de conspiración y rebeldía de los menos. Estos activistas buscaron apoyos por todas partes de lo que hoy es el Mogreb, también en ciertos ámbitos franceses —estos, siempre dispuestos a estropearnos el pasodoble— y, sobre todo, en la gran potencia que entonces representaban los turcos, para invadir de nuevo la península, lo que provocó un gran temor en la población española y sus gobernantes. Hay que tener presente que, hasta la batalla de Lepanto, el mar latino fue un mar islámico y nunca dejó Turquía de ser una amenaza para Europa. Luego, la piratería berberisca asoló las costas españolas, casi siempre con el apoyo de ciertos sectores moriscos que les ayudaron e informaban para sus tropelías y secuestros. Todo ello provocó una psicosis de miedo y una lógica animosidad contra toda esta gente. Después de la expulsión, aún, los procesos de limpieza de sangre y los inquisitoriales cayeron con todo su peso sobre cualquier sospecha o indicio de islamismo. Creo, personalmente, que fue un gravísimo error que algunos sectores moriscos crearan esta situación de temor, porque es evidente que 300.000 de ellos no podrían nunca crear una situación favorable a sus intenciones frente a unos 7.500.000 españoles, pero así sucedió.

Dado este ambiente, mal podrían los españoles de entonces aceptar un folklore que nunca fue popular ni suyo —la música árabe de Al-Andalus siempre fue académica, oficial y cortesana, nunca del pueblo y menos aún de la mozarabía—. Algo de esto siguió sucediendo entre la propia sociedad española que siempre discriminó y malvaloró el folklore popular y, muy concretamente, el andaluz, cosa que ocurrió hasta tiempos muy recientes; y me remito, por ejemplo, a las opiniones de Pío Baroja sobre el particular. En los reinos de España, mientras el problema morisco estuvo presente, se prohibió todo aquello que oliera a ellos, incluida su manera de vestir y sus costumbres; hasta el hecho de no hablar bien el castellano podía acarrear graves problemas. Así que resulta imposible aceptar la existencia de un folklore con raíz morisca, ya que cualquier indicio de morería implicaba, automáticamente, la salida de España. El canto y el baile andaluz, pues, se recompuso con las aportaciones peninsulares de los repobladores sobre el sustrato mozárabe que arrastraba las seculares raíces prerromanas. El paso del Islam al Cristianismo, en resumen, fue una total y definitiva ruptura con el tiempo pasado en todos los órdenes.

La realidad es que no hay noticias de cantes moriscos por ninguna parte o, al menos, yo no las he encontrado referidas a la sociedad popular española, y cuando no hay noticias de algo, es que ese algo no existió. Hasta los más recónditos hechos peninsulares se han visto reflejados en la literatura española; de esta cuestión de los moriscos no quedó absolutamente nada. Sí de otros, de los cuales Cervantes nos da un claro relato en el capítulo LIV de la segunda parte del Quijote. Voy a hacer un extracto de él que aporta claridad a la cuestión.

En dicho capítulo podemos leer cómo Sancho Panza, después de frustrada gobernación de la ínsula de Barataria, viaja sobre su rucio en busca de su amo cuando encuentra por el camino a seis extranjeros que pedían limosna cantando —las cosas no han variado mucho entonces—, por todas las señas, alemanes de origen. Entre ellos, sorprendentemente, encuentra a un antiguo vecino suyo, Ricote, tendero morisco que fue de su pueblo. Sancho le dice: «¿Quién diablos te había de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes. Dime: ¿Quién te ha hecho franchote y cómo tienes atrevimiento de volver a España, donde si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura?» A lo que respondió el tal Ricote: «Si tú no me descubres —respondió el peregrino—, seguro estoy que en este traje no habrá nadie que me conozca (...) en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería, y en todas las partes de Africa donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan».

La historia de Ricote se extiende por la totalidad de este citado capítulo, siempre en el sentido que revelan los párrafos que he transcrito anteriormente y que, por lo que se lee, corrobora lo expuesto de mi pluma al principio de este artículo y, particularmente, señalando la inconsistente base de que existiera una folklore morisco residual en el pueblo español, de un lado por la aversión hacia lo morisco; de otro, por el buen cuidado que tuvieron los pocos que se quedaron en pasar desapercibidos. En cuanto a Andalucía se refiere, y en particular al reino de Granada, la exigua cantidad de musulmanes expulsados revela el poco peso demográfico de la minoría musulmana. Es de interés, en este punto, ofrecer a los lectores la procedencia de los núcleos de moriscos expulsados y hacerlo con los datos que se han podido recoger de los registros oficiales de salida:

Valencia	117.464
Aragón	60.818
Cataluña	3.716
Castilla y Extremadura	44.625
Murcia	13.552
Andalucía Occidental	29.939
Granada	2.026

Aleccionadora relación para los que hablan, sin fundamentos, de la influencia morisca en el reino de Granada y, por supuesto, cabe hacerse una pregunta crucial para el tema que me ocupa: ¿Cómo el folklore, canto, baile y música de los moriscos, no se quedó pues, en Valencia o en Aragón? Porque el flamenco nace dentro del triángulo Triana, Ronda, Cádiz. Por otro lado, ¿cómo no se empiezan a tener noticias del cante hasta finales del XVIII y, de forma inequívoca, a principios del XIX? Se ha tratado de explicar este fenómeno considerando que durante mucho tiempo el cante fue algo ritual de los gitanos que lo practicaron de forma secreta. A esto responde Angel Alvarez Caballero, para mí el mejor tratadista del flamenco, de forma concluyente y clara: «Yo me pregunto por qué en este caso concreto del flamenco se ha eludido casi siempre la solución más simple, que generalmente suele ser la más cierta: si no hay noticias de la existencia del cante con anterioridad a las fechas que venimos manejando, lo primero que hay que pensar es que no hay noticias porque no había cante».

Es evidente que no sería, pues, una ligereza buscar el origen del flamenco por otros caminos, y de ello hablaremos en otra ocasión. Ahora, nos queda ver lo que nos dice Cervantes sobre el tema, y contando con la habitual simpatía y cordialidad de SUR, habrá que posponerlo hasta otro día dada la extensión que va tomando este artículo. Adelantaré que nos vamos a encontrar con la aparición de una de las líneas que confluyen en la construcción del flamenco: la línea gitana. De morisco, nada. Así que hasta pronto.

José Ruiz Sánchez

De la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo